
El Caudillo

Roberto Payró

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6288

Título: El Caudillo
Autor: Roberto Payró
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 1 de enero de 2021
Fecha de modificación: 1 de enero de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Caudillo

Don Ignacio era el hombre de la oposición en Pago Chico. Las autoridades lo miraban como su bestia negra, y el pueblo, siempre descontento, tenía puestas en él sus esperanzas, seguía lo en todas sus empresas políticas, le daba a defender sus intereses.

Sin don Ignacio, Pago Chico hubiera sido un cementerio de vivos; con él, siquiera se ejercía el derecho del pataleo.

No era don Ignacio muy largo, pero alguno de sus correligionarios hallaba modo de lograrle préstamos y donativos, ya para sus necesidades personales, ya para lo mismo, pero bajo el pretexto de gastos de propaganda. Él se sometía refunfuñando, pues, ¿cómo ser jefe de partido si se comienza por descontentar a los partidarios? Pero apuntaba... Su viejo cuaderno de notas, tenía páginas como ésta:

PESOS	
Prestado por doña que está en trabajo.....	5'00
Un pataleo.....	0:20
Un retrero y un bander para el comité.....	15'50
A la china Dominga para que haga venir la suscripción.....	25'00
Una docena de bombas

Sumaba cuidadosamente don Ignacio estas partidas, que en tres años de oposición a todo trance habían alcanzado a formar una gruesa suma —cuatro o cinco mil pesos—, y no examinaba su cuaderno sin lanzar un suspiro y sumirse en profunda meditación.

—¿Quién pagará estas misas? —se decía.

O, conversando con sus tenientes, hablaba de la patria, de los deberes del ciudadano, de los sacrificios que hay que hacer en pro de la libertad, de la abnegación que exigen los partidos de principios, para terminar diciendo:

—Yo soy el pavo de la boda.

Silvestre, el Boticario, se encogía de hombros instruido de las alusiones de don Ignacio y considerando que de todos modos su popularidad le salía barata en estos tiempos en que no se puede ser popular sin dinero. Alguna vez le insinuó, con frase no muy atildada:

—El que quiera pescado, que se moje... el que le dije.

Acercábanse las elecciones; el gobierno de la provincia, preocupado por la importancia que iba tomando la oposición, había resuelto darle una válvula de escape, dejándola introducir algunos de los suyos en las municipalidades de campaña.

Pero esta resolución no era conocida y la efervescencia popular continuaba a más y mejor. En Pago Chico preparábase un miti, un metín, o cosa así, que debía tener lugar en el antiguo reñidero de gallos, único local fuera de la cancha de pelota, apropiado para la solemne circunstancia, puesto que el teatro —un galpón de cine— pertenecía a don Pedro González, gubernista, que no quería ni prestarlo ni alquilarlo a sus enemigos de causa.

Llegado el día, don Ignacio —que había contratado la banda a su costa, hecho embanderar el reñidero, y comprado unas docenas de bombas de estruendo—, esperó impaciente la hora de su discurso, un discurso ya mil veces repetido en todos los tonos, palabra más, palabra menos, durante sus tres años de caudillaje.

Cuando subió a la improvisada tribuna, rodeábalo un pueblo

vibrante y entusiasta que sólo pedía correr al sacrificio, a la lucha, al atrio, a las urnas, don Ignacio, estaba radioso. Sus palabras hicieron el acostumbrado efecto arrebatador, especialmente cuando, con grandes gritos y violentos ademanes, reprodujo la frase:

«Los mandatarios impuros que engordan a costillas del abdomen del pueblo, no pueden continuar un día más en el poder. El gobierno local tiene que entregarse a personas honradas que no roben, a hombres sanos que no se apoderen de las rentas, a ciudadanos que sean capaces de relambersse junto al plato de caldo gordo sin tocarlo con un dedo.»

Los bravos, los vivos, los palmoteos estallaron como siempre, o por mejor decir, más que nunca, cubriendo la voz del orador que al fin logró dominar el bullicio, gritando:

—¡Conciudadanos! ¡Viva la honradez administrativa!

—¡¡Vivaaa!!

—¡Abajo los espoliadores del pueblo!

—¡Abajo! ¡Mueran! ¡Viva don Inacio! ¡Viva la honradez! ¡Viva el patriota!

¡Shuitz... pum! y música, grandes golpes de bombo, alaridos de pistón... y otra bomba y otra. ¡Qué entusiasmo, qué delirio! ¡Pra-ta-ra-trac-pum! ¡un cohete! y vivas y más vivas, una algazara, un jubileo como nunca se vio en Pago Chico, tanta que el batarás encerrado en un cajón, encrespó la pluma, golpeó los musculosos flancos con las alas y lanzó un ronco y estentóreo co-co-ro-co, como diana triunfal del vencimiento.

—¿Qué le ha parecido el méтин, don Ignacio? —preguntábale por la noche Silvestre.

—¡Oh, magnífico! Me ha costado más de quinientos pesos!

Mentira. Gastó sólo ciento cincuenta, pero con tal habilidad...

Silvestre lo miró de arriba abajo, sardónico, se encogió de hombros, clavole la vista entre ceja y ceja, y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón exclamó:

—Nuestra Señora del Triunfo nunca ha sido popular.

Don Ignacio se encrespó como el gallo del reñidero, y se puso rojo de ira.

—¡Vos te crés que lo digo de agarrau! ¿Y a mí qué m'importa la plata?... ¡Pero lo que es otro no sería tan pavo!... Ya llevo gastada una porretada de pesos, sin que nadie miagradezca.

Mientras esto decía el caudillo, Silvestre había tomado la guitarra —estaban en la botica— y cantaba acompañándose con grandes golpes de uña en las seis cuerdas:

Y átime... gustáun... tirano c'abra labocay... ino grite!

El jueves llegaron dos delegados gubernistas de la capital para preparar las elecciones comunales del domingo. Apenas instalados, trataron de provocar una entrevista con don Ignacio, para hacerle proposiciones. Pero Silvestre —la oposición dentro de la oposición— estaba allí oído alerta, ojo avizor, humeando como politiquero de raza la componenda en ciernes, advinándola antes de que se hubiera iniciado.

Viera, a todo esto, había visto oscurecerse su estrella, eclipsada por la triunfante de don Ignacio. Tampoco él quería «componendas», y así lo escribió en La Pampa. Inútilmente, porque el meeting, había dado el mando a su rival, sostenido por los envidiosos de la popularidad del periodista, y por los que sólo hacían política opositora buscando una ubicación, amén de los que don Ignacio compraba como se ha visto. No faltaron, pues, las previsiones, los vaticinios, las amenazas de perder lo hecho sin esperanza de rehacerlo más tarde...

Sin embargo, la entrevista tuvo lugar, don Ignacio no pudo resistir a una transacción que lo llevaba de golpe y zumbido

a la Municipalidad, que él creía tan verde aún, y el domingo siguiente resultó electo concejal, a pesar de los aspavientos del Silvestre, de los artículos-brulote de Viera y la agria censura de gran parte de sus partidarios del día anterior.

Llegado al Concejo, sus colegas gubernistas, dirigidos por los delegados de la capital —no era la primer zorra que desollaban éstos— lo designaron para intendente.

—En una semana se habrá desmonetizado —decían aquellos profundos políticos.

Pero la mayoría de los oficialistas protestaba irritada contra lo que consideraba una cruel e inmerecida derrota; en cambio, el ex intendente, un cuyano ladino, caudillejo él también, declaraba divertidísimo que aquella evolución era «de mi flor».

—¿No le parece una barbaridá, Paisano —así le llamaban—, que hayan hecho intendente a don Ignacio?

El Paisano sonreía, encendiendo el negro, y luego, sacándose de la boca, contestaba con toda calma, y no sin algo de burla.

—¡Dejenlo pastiar qu'engorde!

Y, en efecto don Ignacio comenzó a engordar en la Intendencia, haciendo en ella lo que sus antecesores, y rebañando cuanto pesito encontraba a su alcance.

Un día tuvo una grave explicación con Silvestre, que le echaba en cara sus procedimientos administrativos, muy alejados de la honradez acrisolada que exigiera en tanto discurso, en tanta proclama, en tanta profesión de fe a los pueblos en general y al de Pago Chico en particular.

—Mire don Ignacio, ilo qu'est'haciendo es una vergüenza!

Don Ignacio lo miró de hito en hito.

—¿Y qu'estoy haciendo, vamos a ver?

—¿Quiere que le diga? ¿Quiere que le diga? ¡No me busque la lengua, canejo!

—Decí, decí no más.

—¡Está robando como los otros!

El caudillo estuvo a punto de pegarle, pero se dominó, tragó saliva, y cuando se creyó bastante dueño de sí mismo, dijo con tono convincente:

—¿Y a mí quién me paga lo qu'hecho? ¿Y la platita que mián comido?...

Y después de una pausa, más insinuante aún, confidencial y tierno, exclamó como quien esboza un sublime programa:

—¡Dejá que me desquite y verás qué honradez!...

Roberto Payró



Roberto Jorge Payró (Mercedes, Provincia de Buenos Aires, 19 de abril de 1867 - Lomas de Zamora, 5 de abril de 1928) fue un escritor y periodista argentino. Ha sido considerado como "el primer corresponsal de guerra" de su país.

En sus novelas puede apreciarse un lenguaje propio de la época, costumbrista, irónico. Utiliza personajes típicos y relata situaciones comunes, mostrando a los inmigrantes

italianos, o el "pícaro criollo".